

Jeromin

• 10 • céntimos

AÑO II

Revista para los jóvenes.

MADRID

NUM. 79



LA CASA JEROMÍN PRESENTA
PONCIANO
EN
SOLOCION...

PREPÁRATE QUE ESTA NOCHE VAMOS A ECHAR UNA CANILLITA AL AIRE...

BUENO, PERO QUE NO TENGA YO QUE TRAERLE ACUESTAS.

COMO VERA USTED SEÑORITA BAILO COMO ME DA LA GANA, NO PONGO LOS PIES EN EL SUELO....

ES VERDAD, LOS PONE ENCIMA DE LOS MIOS

TENGO TANTO SIERO QUE VOY ANDANDO DORMIDO...

PUES TENGA USTED CUIDADO QUE AHI TIENE UN DESPERTADOR.

¡ZAMBOMBAS! NO TENGO LA LLAVE!

¡CON EL SIERO QUE NO TENGO!

QUE NOCHE TOLEDANA ME ESPERA...

¡VAYA UN FINAL DE FIESTA!

BUENO, PEPETE, ¿QUE HACEMOS AHORA? HABRÁ QUE PASAR LA NOCHE SENTADO EN EL UMBRAL HASTA QUE VENGA EL DIA Y UN CERRAJERO NOS ABRA LA PUERTA, Y PONCIANO SE SIENTO, MIENTRAS PEPETE SE FUE A DAR UNA VUELTA A LA MANZANA, AL LLEGAR JUNTO A UNA PERRERA OYÓ Y... VIÓ UNOS RONQUIDOS QUE SALIAN EN FORMA DE CEDAS.

SE ME ESTÁ OCURRIENDO UNA GRAN IDEA...

COMO ME DE RESULTADO VAMOS A PODER DORMIR ESTA NOCHE EN LA CAMA...

SE LE OCURRIÓ, AL VER LAS MAGNIFICAS CEDAS FLOTANDO EN EL AIRE, UNA MAGNIFICA IDEA; LAS RECOGIÓ TODAS Y FUE COLOCANDOLAS EN FORMA DE ESCALA Y ASÍ PUDO LLEGAR HASTA LA VENTANA, POR LA QUE ENTRÓ EN CASA, SOBRE UNA MESA VIÓ LA LLAVE, Y...

¿QUE SORPRESA LE VOY A DAR A PONCIANO...

... CUANDO LE ABRA LA PUERTA.

¡VAYA UNA SORPRESA QUE VOY A DAR AL AMIGO PONCIANO», DIJO. EFECTIVAMENTE, PONCIANO SE LLEVÓ UNA SORPRESA MUY AGRADABLE, ALABÓ EL INGENIO DE PEPETE Y SE FUERON A DORMIR, A POCO, UNO Y OTRO DESPEDIAN, COMO EL INQUILINO DE LA PERRERA, MAGNIFICOS RONQUIDOS EN FORMA DE CEDAS.

FIN

EL PRÓXIMO NÚMERO DE
JEROMÍN
ES ALGO EXTRAORDINARIO Y SOLO CUESTA
10 CÉNTIMOS



El amigo de Isabel

C U E N T O

(Continuación.)

ted quisiera darle algo, porque yo no tengo nada...» «Mira, hija mía—le contestó el pastor—, puedo darle lo que necesita, y se lo daré, porque tú te alegrarás mucho de que no se muera.» «Mucho me alegraré, mucho, porque quiero que sea mi amigo y mi compañero. ¿Qué cosa le dará usted de comer?, ¿pan y queso? Le gustará, porque a mí me gusta mucho.» «También hay otra

cosa que le gustará mucho.» «¡Ah!, leche, es verdad, que es cosa buena. Mire usted, en lugar de bebérmela yo, désela usted al pobrecito.» «Ahora verás», dijo el cabrero, arrimando a la teta de una cabra el hambriento animal. Agarróse éste con afán, chupando con ansia, en tanto que Isabel, inclinada para verlo mejor, repetía: «Está mamando, tío Pablo, está mamando.» «Ya te digo que el animal no se muere; déja-

melo aquí y yo le cuidaré.» Quedóse la niña algo indecisa. ¿Dejarlo allí...; pero ella no tenía cabra para criarlo, y si se le llevaba se moriría de hambre. Al fin, se decidió. «Mire usted, tío Pablo—le dijo—, que el pobrecito no tiene ojos, si se queda solo y vienen los lobos, no los verá y se lo comerán.» «Vete descuidada, muchacha—le contestó el pastor—, que ya tendrá ojos.» La niña se había detenido demasiado; cuan-



do llegó a su casa encontró a la madrastra hecha una furia. «Todo lo traigo, tía, todo», se apresuró a decir la niña. Y al mismo tiempo desocupaba las alforjas. «¿Qué has hecho que tanto has tardado, bribona? Si digo yo que tú no sirves más que para comer y estorbar. Pero te aseguro que he de enseñarte a andar lista.» Y así hablando, aquella malvada mujer empezó a darla gol-

pes y la tiró al suelo; entonces no empleó las manos, sino los pies. «Toma, toma», repetía, dándole patadas. La niña, para librar la cabeza de los golpes, la metió en las alforjas, que habían caído con ella. Así permaneció algún tiempo después de haberla dejado la tía Casimira, cuando se cansó de maltratarla. Cuando sacó la cabeza y se puso en pie, no era conocida. Una de

las cosas que había llevado eran polvos de imprenta, que le servían a Santiago para echarlos en agua de cola y pintar los cofres; el papel se había roto y derramado en las alforjas alguna parte de ellos, que humedecidos por las lágrimas que en abundancia habían salido de sus ojos, se habían adherido a su cara y la hacían parecer una negrilla. Vería así la tía Casimira y empe-



zar de nuevo el sulfuro, fué todo uno. «Anda, sucia, fea—le dijo—; lávate esa cara y esas manos; pero aquí no, que volverías tinta toda el agua que hay en la casa; vete al arroyo pronto, ligera.» Isabel salió y se fué donde le había dicho aquella fiera; se lavó lo mejor que pudo, y luego, como no tenía toalla, tuvo que secarse con el delantal. Hacía mucho frío, se había mojado los pies y la ropa y estaba tiritando. Cuando volvió

a su casa se sentía tan mala, que no tuvo fuerzas más que para llegar hasta el jergón y en él se echó, cayendo en un profundo sueño. Tenía calentura y luego le entró un violento delirio. Más de una semana estuvo sin poder levantarse. La tía Casimira la cuidó porque le hacía falta, no por caridad. Al fin pudo levantarse. Cuando llegó a salir con permiso para dar un paseo, lo primero que hizo fué ir a ver al tío Pablo. Le

contó lo que le había sucedido, y el buen hombre la acarició, le dió una taza de leche, y luego le dijo: «¿Te has olvidado ya de tu amigo?» «¡Ah!, no señor; si no he hecho más que pensar en él... ¿Se ha muerto?» El tío Pablo no contestó, pero se levantó y entró en el chozo. A poco volvió a salir, y con él un perrillo negro, vivo, gracioso, que saltaba y daba vueltas, repitiendo gaa, (Continuara.)

ILEGALMENTE, JUANITO, GANO UN CONCURSO BONITO



Juanito se entusiasmó con el concurso de carreras en sacos; pero como no tenía mucha confianza en sus piernas, ideó la forma

de auxiliarse. De la cama cogió un muelle, lo metió en el saco, y así los saltos que daba eran formidables. Ganó el concurso

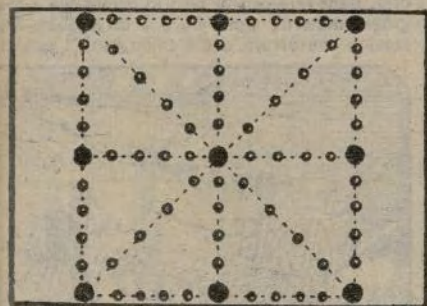
y las cien pesetas, que se las comió en caramelos y en poco más de tres días.

Ayuntamiento de Madrid



DESCONFIAR DE LA MISERICORDIA DE DIOS PRIVA DE SUS GRACIAS

Un asesino fué condenado a muerte, y exhortado por un sacerdote para que se confesase antes de morir, se negó a ello, diciendo: «Es inútil, Dios no me perdonará». Y por más que el sacerdote le ponderaba la misericordia divina para los arrepentidos, el reo no se confesó. Después de muerto, Dios permitió que se apareciese al sacerdote, al que dijo: «Estoy condenado, principalmente por haber desconfiado de la misericordia de Dios; si hubiese confesado, confiando en ella, la pena eterna merecida por mis pecados hubiera sido conmutada por la pena temporal en el purgatorio». Lo mismo que en este caso ocurre siempre: Dios, al arrepentido, al que tiene fe en su misericordia, nunca le niega su gracia y perdón. La desesperación es el mayor de los males.



LOS NUEVE AGUJEROS



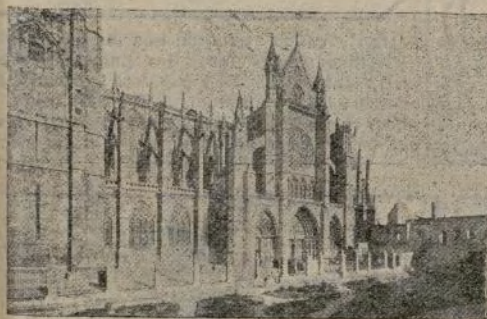
LA COPA LLENA DE AGUA BOCA ABAJO



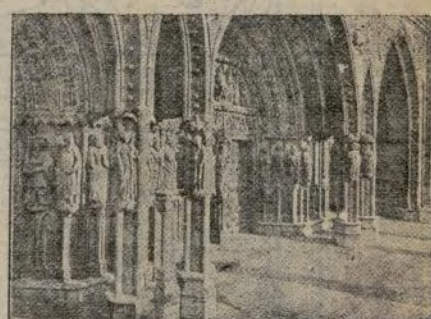
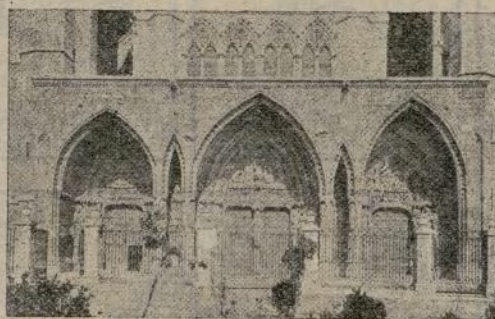
Este es otro juego con canicas; se juega del modo siguiente: en el espacio de un metro cuadrado se hacen nueve hoyos, que se unen entre sí mediante líneas, sobre las que se colocan cuatro canicas. El dibujo da idea exacta de cómo se dispone el juego. A cada hoyo se le da un valor; por ejemplo, a los de las esquinas ocho tantos, al del centro diez y seis y a los demás cuatro. Se sortean los jugadores para tirar con orden, y desde una distancia de dos metros, tirando, a ruego, una canica, procurará introducir en uno de los hoyos alguna o algunas de las canicas puestas en las líneas; por cada canica introducida, ganará tantos tantos como valga el hoyo. El que más tantos haya logrado, una vez introducidas en los hoyos todas las canicas, gana las canicas convenidas. Si alguno, al tirar, echa fuera del cuadro alguna de las canicas puestas en las rayas, pierde doble tantos de los que valga el hoyo más próximo a la canica echada fuera.

Este entretenimiento es fácil de hacer: apenas requiere aprendizaje. Consiste en llenar una copa de agua hasta rebosar y ver la forma de ponerla boca abajo sin que el agua se vierta. A primera vista esto parece imposible, y si lo proponéis en una tertulia se reirán de vosotros y no tendrán inconveniente en apostar cualquier cosa, apuesta que ganaréis con suma facilidad. Basta, para ello, colocar sobre la copa llena de agua una tarjeta o papel que cubra toda la boca; sobre el papel ponéis la planta de la mano, apretando un poco sobre los bordes de la copa. Hecho esto podéis poner la copa boca abajo y retirar la mano, sin que se separe el papel, que impedirá que se vierta ni una gota de agua. Esto es debido a la presión del aire, capaz de contrarrestar el peso de una columna de agua de 10 metros de altura, y como la de la copa escasamente tendrá 10 centímetros, pues no hay miedo de que se vierta.

ESPAÑA MONUMENTAL



LA CATEDRAL DE LEÓN



La catedral de León tiene cuatro fachadas, tres con puertas de ingreso y el testero o ábside. Todas pueden ser admiradas perfectamente. La principal se compone de un pórtico con tres puertas y dos grandes y elegantes torres como centinelas, de altura y forma diferentes; la de la izquierda, o del Norte, sencilla y armónica, contruyóse en el siglo XIII, exceptuada su coronación y algunos postizos, muy posteriores; su eufónica, al Sur, denominada del Reloj, del siglo XIII en su primer cuerpo, y del XV en

los demás, es de mayor altura y complicación.

Las fachadas laterales, más sencillas, tienen, como la principal, tres puertas de ingreso, que acusan las naves del crucero. En la del Sur destaca arrogante el nuevo hastial, proyectado por el insigne arquitecto D. Juan Madrazo, cuya traza fué quizá su última obra; debiendo advertir que la zona baja, donde se incrustaron las antiguas portadas, se construyó anteriormente por el Sr. Laviña, primer arquitecto restaurador de esta época. La fachada Norte, escondida su parte baja por construcciones añadidas, es,

por fortuna, la que menos se ha renovado modernamente, pudiendo ser contemplada desde el ángulo SO. del claustro, punto de vista sumamente interesante. El ábside, o fachada del Oriente, ofrece un aspecto curioso, por la acumulación de contrafuertes y arbotantes, pues su disposición radial obliga a verles en escorzo, sea cualquiera el punto de vista elegido. A sus lados se elevan construcciones del siglo XVI.

La primera fotografía reproduce la fachada del Mediodía; la segunda, la principal, y la tercera, un detalle del pórtico de ésta.



Cascajita



«Oye, Cascajita, ¿quieres que demos un paseo? Tú pones la burra y yo el carro.» «Bueno, acepto.»



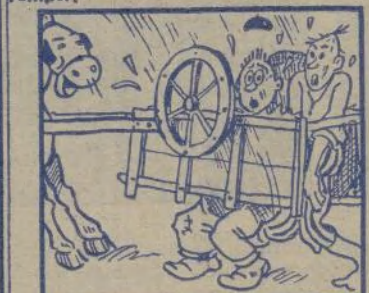
El del carro, que no conocía cómo las gastaba la borriquilla, empezó a darla con el látigo.



La borriquilla se enojó y dijo: «Pues ahora no me da la gana de andar, y os paseáis a pie el queréis.»



Bajaron del carro y empezaron a tirar de las bridas, para obligarla a romper.



A la burra se le ocurrió una idea genial, como todas las suyas, y ¡zas!, de una patada, los puso por montera el carro.



¡USTED NO SABE TRABAJAR!



SE COGE EL PICO DE ESTA FORMA Y SE DA ASI, ¡IDIOTA!



¡HA ROTO EL DEPÓSITO!



¡VENGA, VENGA USTED, QUE VOY A LE ENSEÑAR A REMAR!

chistes



— CUANDO TENGA SU MARIDO UN CUARTO DE HORA LIBRE QUE ME NIJE PARA VENIR A COBRARLE. — ME PARECE QUE NO TIENE NUNCA UN CUARTO.



— ¡COMO SERIA DE ALTO AQUEL TIO QUE PARA ENENDER EL CIGARRILLO EN UN FAROL TENIA QUE AGACHARSE! — ¡ESO NO, ESTAS!... ¡YO CONOCI A UNO QUE PEDIA LUMBRE A LOS AMADORES!



SE VAN A QUEDAR TONTOS ESTOS CUANDO VEAN DE LO QUE VOY A SOY CAPAZ.

Maravillosa Historia de Jeromin



ciencia me tiró contra la pared de su gabinete, con tanta fuerza, que me rompió una pierna. A poco entró una doncella, y la niña mal educada dijo, dándome con el pie: «Llévate eso.» Me cogió la doncella y me llevó a un desván del palacio y me arrojó a un cajón, en el que había



carro de la basura y llevadas fuera de la ciudad, a un estercolero, donde nos pudriremos. ¡Adios para siempre, querida amigueta, y que tengas más suerte que yo he tenido! La Princesa de X.» «¡Hombre, dijo JEROMIN al terminar de leer la carta, me alegraría que esa niña me compra-



zaron a cantar, señal de que iba a salir el sol. Precipitadamente todos los muñecos ocuparon sus respectivos sitios y quedaron inmóviles, guardando silencio absoluto. JEROMIN ocupó también el suyo, e hizo lo mismo. Apenas se abrió el bazar, comenzaron a entrar las mamás con



¡AHORA PEGO LA CAJA AL TECHO Y SE CREERAN QUE SOY UN GRAN EQUILIBRISTA!



mas muchas muñecas invalidas, victimas de la maldecida niña. Y aqui estoy en este cajón, donde paso unos miedos terribles, pues las ratas vienen por la noche para comerse el colorete de nuestras caras y el serrín de que estamos rellenas. El día menos pensado seremos arrojadas al



«¡Qué horror! ¿Para que te pellicase y te rompiese una pierna?» «Eso ya lo veríamos. ¿Te acuerdas bien de esa niña?» «Sí, la recuerdo bien.» «Pues cuando venga me lo dices; como buen muñeco, quiero vengar a la amigueta.» En esto todos los gallos del hotel muñequil comen-



los chicos para comprar juguetes y a todos se les antojaba JEROMIN, pues, como te conocían por la Revista, sabían que era un muñeco la mar de listo y gracioso. Pero JEROMIN no quería ser comprado sino por la niña destrozada de muñecas, a la que pensaba castigarla como se mere-



¡SEÑORES! ¡AHUI NO HAY TRAMPA NI CARTÓN! — ¡TE VOY A ESTROPEAR EL EQUILIBRIO!



SI NO ME DEJAS EL PATIN TE TIRARE UN PORRAZO



¡AHORA MELAS VAS A PAGAR TODAS...!



¡PAFF!



UN TROPEZÓN CUALQUIERA DA EN LA VIDA

chistes



— ¿QUE CUESTA UN SELLO DE MARISIPINA? — CINCUENTA CÉNTIMOS. — ¿COMO CUESTA TAN CARO SIENDO PARA EL INTERIOR?



— SI NO VUELVES ADECIR ESA PALA BROTA TE DARE DOS REALES. — ¡¿QUE NO? PERO SE OTRA QUE VALE LO MENOS UNA PESETA...



¡DEMONIOS, ESTO ES COSA DE BRUJAS! — JE JE JE

Repollo



— Me presentaré a este concurso, pues tengo un apetito que quita el hambre.



— «¿Es usted el empresario?» «Sí, señor. Ahora mismo van a comenzar los saltos.»



— Haré primero una preparación, para que veas el jurado que se lo que me hago.



— Voy a ver si calgo sobre aquella manchita negra que flota sobre el agua.



— ¡¡Paff!!! ¡¡Ay!!!



Cuentos fantásticos

EL REY DE LOS GATOS

(Continuación.)

Convengamos en que no es muy frecuente encontrar árboles huecos provistos de escaleras de caracol. Gustavo no estaba en disposición de admirarse de nada, porque sólo pensaba en atrapar al gato gris, que seguramente debía haber utilizado aquella subida. Subió de cuatro en cuatro los escalones hasta una especie de plataforma situada en lo alto del árbol, entre las ramas superiores. Ni sombra de gato gris. «¿Dónde podrá estar?», se preguntó el niño. Adelantó un poco la cabeza, y tan raro fué lo que vió, que estuvo a punto de perder el equilibrio. Un ejército gatuno rodeaba a la encina hueca. Los había de todos tamaños y colores: gatitos, gatos y gatazos, patriarcas y bebés gatunos; gatos gordos como frailes y flacos como ratones de iglesia; gatos grises, gatos amarillos, gatos negros, gatos blancos, gatos manchados y gatos de pintada piel que parecían propiamente tigres. Todos aparecían sentados sobre su parte posterior, barriendo la tierra a dere-



cha e izquierda con sus largas colas, y teniendo en la pata derecha mazas, que blandían con aire amenazador, a la vez que fijaban sus innumerables ojos en Gustavo. El primer pensamiento de éste fué echarse a reír, porque todo aquello era de un cómico muy subido; pero la risa se le heló en la garganta cuando vió que los gatos, cual si obedecieran a una señal dada, se lanzaban al asalto del árbol. Pronto llegaron a la mitad de la altura, y el niño pudo advertir que el aspecto de aquella tropa no tenía nada de amistoso. Lleno de espanto, pensó en la estratagema de la fuga; pero tan turbado estaba, que le faltó pie y rodó todos los escalones. Ya podéis suponer cómo llegaría, sin sombrero y lleno de contusiones y arañazos; pero nada le importaba esto con tal de encontrar la abertura por que había entrado, a fin de alejarse de aquel árbol. ¿Pero dónde estaba la entrada? ¡Ah!, los gatos la habían tapiado. «Estamos bien!—exclamó, oyendo los pasos de sus enemigos—; van a caer sobre mí y no puedo defenderme». Mientras que a tientas buscaba un arma cualquiera, tropezó su mano con una anilla encajada en un cuadrado de madera, y como maquinalmente le daba vueltas entre los dedos, hizo jugar un resorte que descubrió la entrada de una segunda escalera. Volvió a cerrar la trampa y acurrucarse en el primer escalón, fué obra de un instante. Ya era tiempo, pues los gatos le seguían tan de cerca, que pronto les oyó maullar, bufar y arañar precisamente encima de su cabeza. «Ya se irán cuando se cansen—se dijo Gustavo—, y entonces huiré. ¡Deben estar furiosos por no encontrarme! No ha sido poca suerte encontrar este escondite...» Pero pronto reflexionó que unos gatos que andaban en dos pies como

los hombres y que blandían mazas en sus patas delanteras, no eran gatos como los demás, y que no tendría nada de extraño que consiguieran mover la trampa. La perspectiva de recibir una avalancha de gatos armados, no sólo con sus colmillos y uñas naturales, sino con instrumentos contundentes, le era poco agradable. Se lanzó, pues, sin vacilar, en la escalera, aunque estuviese obscura como boca de lobo. Entre dos peligros, cierto el uno y problemático el otro, optaba sin vacilar por este último. De repente dió un grito de sorpresa y se detuvo deslumbrado por una vivísima claridad. Era una verdadera iluminación, en que las linternas, brillantes como carbunclos, eran ojos de ratas colocados en los muros con tanto gusto como variedad, en círculos, estrellas, guirnaldas y aun flores fantásticas. Se contaban por millares de millares. La bajada le pareció desde entonces menos penosa, pues había mucho que admirar en aquellos dibujos. Cuando estuvo abajo y hubo traspuesto un interminable corredor, se encontró a la entrada de un vasto salón, brillantemente iluminado por el mismo sistema que la escalera, pero mejor decorado. Las lámparas tenían en él la forma de árboles grandes y de puentes; el artesanado estaba cuajado de estrellas, y aquellas innumerables luces se destacaban sobre un fondo de tela obscura como la noche y más suave que el terciopelo. Mirando desde más cerca, Gustavo vió que era de piel de rata, sostenida por rabos del mismo animal. El suelo desaparecía bajo una gruesa alfombra de las mismas pieles, y alrededor de todas las paredes corría un diván forrado de piel de ratón gris perla. En el fondo levantábase un estrado con sillones recubiertos de pieles de ratón blanco, y en el centro un trono, en el que se veía al único habitante de aquel lugar, al Rey nada menos. «¡Misericordia!—exclamó el niño—. ¡Si parece también un gato!» Era efectivamente un gato tigre le dimensiones colosales: derecho y majestuoso ocupaba su trono como un verdadero monarca, con una corona de dientes de rata sobre su cabeza y

(Continuará.)



El asno y las ranas

Al pasar una laguna, cierto asno cargado de leña se cayó en el agua. El infeliz hizo grandes esfuerzos por levantarse, y, cuando se convenció de que no lo podía conseguir, empezó a lamentarse.

Al oír sus lamentos las ranas que habitaban la laguna, le increparon diciéndole: —¿Apenas hace un momento que te has caído y ya te quejas? ¿Qué dirías si los dioses te hubieran condenado, como a nosotros, a pasar toda tu vida en la laguna?

Hay personas tan pusilánimes que la más pequeña contrariedad los acobarda y acongoja.

ESOP.

Ayuntamiento de Madrid



Queri 2A\$ ginitos ¿Sabéis lo que dió un? PuEE di jo que el es un para o tro EE to será verdad en t LOLO sin t, sin t ligión, sin t; en t LOLO buenos cristianos no EE i; ent LOLO cristianos LO son ber t ca mo bi Jo Jo que son Dun t mo celestial, y como ber t DB n rse y Auxiliarse LOLO 111A los O t. Ent t herma NONO no DB habet O m P le t; to t DB t paz y amor. Yo veria con sumo Guga to que t SA t ginitos procedie sen t empre ent t como ber t s, no como t s. Os abra ra nuestro Jeromin



REGALA UNA BICICLETA A SUS LECTORES

Desde el número 77 hemos puesto una contraseña en varios ejemplares de cada número y la seguiremos poniendo del mismo modo hasta fin de noviembre. Los lectores de JEROMÍN deben conservar cuidadosamente todos los JEROMINES de septiembre, octubre y noviembre, por si alguno de ellos va marcado con la contraseña, la que dará derecho a tomar parte en el sorteo de la bicicleta. Ya diremos en qué consiste la contraseña de cada número y lo que deben hacer para tomar parte en el sorteo.

Con que a comprar y a coleccionar JEROMÍN, a ver quién se lleva la bicicleta. Publicaremos el retrato del favorecido.

ACERTIJOS Y ADIVINANZAS

1.º ¿A qué no saben lo que se necesita para aprender a nadar?

La España Gloriosa



Cervantes es el «Príncipe de los ingenios españoles» y uno de los que ocupan, sin que le aventajen en altura, el primer plano de la fama mundial; es el autor del famoso *Don Quijote de la Mancha*, esto es, el creador de un tipo que encaja en todos los tiempos y en todos los territorios, facultad reservada a los ingenios cumbres. A Cervantes le ocurre como a Colón: son varias las poblaciones que se disputan su cuna: tales son Sevilla, Madrid, Lucena, Toledo, Esquivias, Consuegra, Alcázar de San Juan y Alcalá de Henares; pero esta última es la que presenta más títulos y documentos convincentes de que a ella le pertenece la gloria de haber sido la patria de tan peregrino ingenio. Entre otros documentos presenta la partida de bautismo, en la que consta que fué bautizado el nueve de octubre del año mil quinientos cuarenta y siete en Santa María la Mayor.

La estirpe de Cervantes procedía de Galicia; estirpe noble, que sonaba ya en la Historia y tiempos de Fernando III; pero cuando nació el que tanta gloria habría de dar a la literatura española, su familia había caído de su antiguo esplendor en la pobreza, tanto, que de no vivir en Alcalá de Henares, sede entonces de una de las más famosas Universidades, Miguel de Cervantes no hubiera recibido la educación que le puso en camino de conquistar la gloria de que goza. No es que hiciese estudios en tal Universidad; pero el ambiente de cultura en que vivía y el trato con personas ilustradas, fueron suficientes, a su natural ingenio para, mediante la lectura, estudio y reflexión, lograr, digámoslo así, una autoeducación literaria fuera de la corriente. Los que le trataban solían llamarle «ingenio lego», con lo que querían indicar su carencia de estudios universitarios. Desde pequeño mostró decidida inclinación al estudio, sobre todo literario, asegurando él mismo que siendo muchacho recogía y leía con avidez cuantos papeles encontraba en la calle, y que su mayor deleite era asistir a representaciones teatrales, sobre todo cuando se ponía en escena alguna obra de Lope de Rueda. A los veinticinco años, Miguel de Cervantes era ya conocido y estimado entre los literatos. De pronto, sin que se sepan las causas de tal determinación, abandonó Alcalá y se puso al servicio de un príncipe de la Iglesia, Acquaviva, legado del Papa. Sus biógrafos están disconformes al comentar tal resolución; dicen unos que el Cardenal, cautivado por las grandes dotes literarias que des-

(Continuará.)

2.º Soy una gran memoria y también soy un talento, es mi cuerpo muy chiquito y en cualquier parte me meto; de comer no necesito y de beber mucho menos; dinero tampoco gasto, vestido tampoco tengo, y sin pensar ni saber grandes cosas en mi encierro.
(La solución en el próximo.)

SOLUCIONES DEL ANTERIOR

- 1.º Los naipes.
- 2.º La escopeta.

VALENCIA Y VASCONGADAS



CHISTE

Cierto visitante le preguntó al niño de la casa:

- ¿Cuántos años tienes?
- Cuatro.
- Y el año pasado, ¿cuántos tenías?
- Tres.
- Entonces son siete, porque cuatro y tres son siete.
- El niño reflexiona un poco y le pregunta al chistoso visitante:
- ¿Cuántas piernas tiene usted?
- Dos.
- Y el año pasado, ¿cuántas tenía?
- Dos.
- Entonces es usted un burro, porque dos y dos son cuatro.

Julán Ripoll, doce años.
(Ciudad Rodrigo.)

PARECIDO

- ¿En qué se parece un buen portero de fútbol a un escribiente?
- En que el portero tiene estilo, y escribiente tiene estilo...gráfica.

Jesús Jiménez (Torrijos).

COLMOS

- ¿Cuál es el colmo de un fabricante de telas?
- Fabricar una tela...raña.

Enrique Díaz, quince años (Villarrobledo).

- ¿Cuál es el colmo de un impresor?
- Imprimir las hojas de un árbol.

Juan Caballero, trece años (Villarrobledo).

CHISTES

- ¿Con que dice usted que sabe quién me robó mis conejos?

- Sí, mi señor.
- ¿Y quién ha sido?
- Pues los ladrones.

Ignacio Ugarte, once años (Soria).

- ¿Quién es el hombre más estudioso?
- El cochero, porque después de una carrera emprende otra.

Francisco Tera López (Sevilla).

- Hilario, hazme el favor de prestarme cinco pesetas.
- No tengo aquí dinero.
- ¿Y en tu casa?
- Están todos bien, gracias.

Manuel Ferrer (Santa Olalla).

- ¿Hombre, que estamos en un hotel; no te limpies los oídos con la servilleta!
- Perdone, que no había visto los pañillos.

Urbano Ferrer Uriaga, once años.

- ¿Cuál es el animal que siempre va de gala?
- El galá...pago.

J. Antonio L. (Madrid).

- Una señora: —Oye, niño, si aciertas dónde voy yo los sábados, te daré un caramelo.
- El niño: —Pues... a la barbería no será, porque tiene usted un bigote morrocotudo.

Poco-Seso (Llanes).

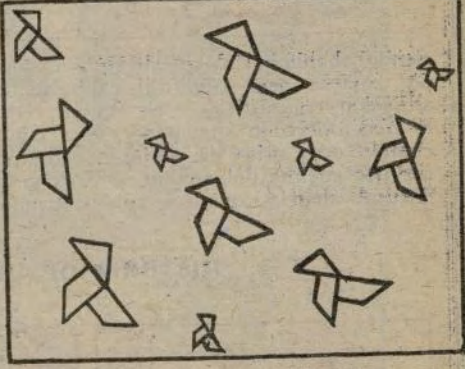
- ¿Quiere usted hacer el favor de cambiarme esta peseta?
- Hombre, pero si es falsa.
- Toma!, si fuera buena, cualquiera me la hubiese cambiado.

A. Pérez (Salamanca).

ROMPECABEZAS



1.º Unid los puntos del 1 al 35, y veréis qué sorpresa.



2.º ¿Cómo os arreglaréis para separar o aislar entre sí a esas once pajaritas con sólo cuatro líneas rectas?

LA MAS AMENA

Jeromin

LA MAS INSTRUCTIVA

REVISTA ILUSTRADA PARA JÓVENES SEMANAL CON CENSURA ECLESIASTICA DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN CALDERÓN DE LA BARCA, 4. MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIONES. UN EJEMPLAR, AÑO 5,20; POR PAQUETES, A RAZÓN DE 8 CÉNTIMOS EJEMPLAR

•••TELÉFONO: 18.491•••

LOS PAGOS ADELANTADOS





«Deja a ese muchacho inmediatamente!», gritó el capitán inglés a un voluminoso boer que zarandeaba por el brazo despiadadamente a un chico negro. «Es un perezoso», contestó despedido el boer. Pero el capitán insistió, ordenando al boer se alejase del campamento. «Pete, dijo el oficial británico, dirigiéndose al agradecido muchacho



negro, desde hoy serás mi asistente y correrá de tu cuenta mi caballo; cuidale bien, que yo te pagaré generosamente.» Con expresión de gran complacencia en la cara, contestó Pete con acento de profundo reconocimiento: «Gracias, amito.» A poca distancia del campamento había tribu de zulú, que con sus incursiones y pillaje no dejaban vi-



vir con tranquilidad al pequeño destacamento que mandaba el capitán inglés, por lo cual éste, reuniendo un día a sus soldados, decidió ir en busca de los zulú, para imponerles un castigo y obligarles a abandonar aquellas cercanías. Después de tres horas de penoso caminar se hallaron en las proximidades de la tribu, y desplegándose en



ala se dispusieron a tomar el poblado por sorpresa. El capitán, seguido de cerca por Pete, y llevado de su natural valentía, se alejaba demasiado de los suyos. Hacía unos segundos que no veía a sus soldados, pues se lo impedía un repecho del terreno, cuando de improviso tropezó su caballo, dando con él en tierra; el pequeño Pete, que se



dió cuenta, corrió en su auxilio; mas en aquel mismo instante surgían unos veinte zulú, que con gran algarabía, comenzaron a lanzar una lluvia de flechas sobre el derribado capitán. Viendo cerca la muerte, el infortunado capitán echó mano a su revólver y comenzó a disparar sobre los negros, pero de poco le hubiera valido, de no ser por el pe-



queño Pete, que divisando un escudo, abandonado sin duda por algún zulú, y exponiendo su cuerpo a la lluvia de venablos, con peligro de su vida, se arrojó sobre él con objeto de proteger al capitán. Un grito de rabia lanzaron los negros al ver el heroísmo de Pete, pues vieron que se les iba la presa que por suya habían considerado; mas no que-



riendo abandonarla, se lanzaron a campo traviesa para coger al capitán. La situación era crítica, y el capitán creyó lo más oportuno encomendarse a Dios, cuando otro grito de rabia le hizo mirar por encima del escudo, y vió con la natural alegría, que los zulú abandon-



naban el campo a todo correr, pues sus tropas, dueñas ya del poblado, acudieron en su busca, llegando providencialmente, en aquel momento. Cuando se hubo incorporado el capitán, ayudado por Pete, puso una mano sobre el hombro del pequeño indígena, y dijo: «Tu



serenidad y valentía me ha salvado la vida y te estaré eternamente agradecido. Por lo pronto seguirás conmigo, y cuando nos repatriemos te llevaré conmigo a Inglaterra, donde te ayudaré a conquistar un buen porvenir.»

HISTORIA DE UN MOZALBETE APELLIDADO «CHURRETE». (Continuación)



La caza fué abundantísima y los salvajes fueron llegando cargados de millares de aves y cuadrúpedos que fueron depositando ante «Churrete». Para ca-



lebrar el éxito, mandó éste que se diese un concierto, en el que se ejecutaron las obras clásicas de la tribu, cosa que alegró mucho a los salvajes, muy aficio-



nados a tocar el pandero y a berrear canciones. Aquello parecía propiamente una fiesta de la sociedad elegante de los países «civilizados». (Continuará.)